

EL TUMULTO

EL TUMULTO: es una publicación mensual auspiciada por la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco y la Universidad Autónoma de Querétaro.
Distribución: Gratuita.
Oficinas: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco.
División de Ciencias Sociales y Humanidades.
Av. San Pablo No. 180, Col. Reynosa Tamps.
Azcapotzalco, C.P. 02200, México 18, D.F.
México 18, D.F. Tel. 352-5000.
Edición: Radio Imagen, S.A. de C.V.
Bajo No. 335-803 Col. Roma.
C.P. 06760 México D.F. Tel. 564 62-48.
Registro: en trámite.
Tiraje: 1 mil ejemplares.

HISTORIADOR POPULAR

México-Querétaro, Segunda Epoca, Año IV. Número 38, Diciembre de 1990

El Arbol Navideño

Con los primeros días de diciembre, los árboles navideños de todos los tamaños comienzan a proliferar por doquier recordándonos la cercanía de la Navidad y la necesidad de pensar en la confección de ricas viandas o en la elección de diversos juguetes infantiles, así como en los seres amados que están ausentes, quizá para no volver jamás. Y mientras a mí los arbolitos de la temporada me provocan indescible nostalgia, hay algunos que, mirándolos con desprecio, declaran que no pondrán árbol alguno "porque no es una costumbre mexicana", suponiendo con frecuencia que se trata de una costumbre de origen norteamericano, así como se piensa que la figura de Santa Claus lo es también. Sin embargo, la historia de los orígenes de ambos se entruza en tiempos remotísimos.

Por ser árboles perennes, cierto tipo de pinos han simbolizado, desde la antigüedad, el ciclo infinito de la naturaleza y la renovación eterna de la vida material tanto como de la espiritual. Esta especie de árboles simboliza también la victoria de la luz sobre las tinieblas invernales y la eclosión final de la fertilidad humana que termina por triunfar sobre la helada muerte.

Con frecuencia, dichos árboles aparecen como ejes que sostienen, perforándolos imaginariamente, los tres planos del universo: el inframundo o lugar de los muertos, el mundo de los humanos y el de los dioses, o sea, el supramundo. Estos árboles axiales rigen el devenir de las estaciones y de los procesos naturales. Por eso, el acto de prender las velitas que adornan al árbol doméstico es una manera de encender también, mágicamente, las luminarias que penden del gran eje cósmico y unirlas para que no desfallezcan durante el crítico periodo del solsticio invernal.

Entre las múltiples cosas que se relatan respecto del origen del árbol de Navidad, se cuenta que durante las fiestas de la gélida temporada, los teutones sacrificaban a un niño bajo un gran pino en lo más oscuro del bosque en honor de Wotán, su extraño dios guerrero y chamánico. Esto continuó siendo así hasta que en el siglo octavo, el dulce San Bonifacio logró evangelizar a la violenta tribu de los frisios convenciéndolos de que, en vez de efectuar aquel cruento sacrificio, mejor cortaran un árbol y lo llevaran a casa para celebrar los ritos solsticiales en compañía de los niños, quienes entonces rodeaban el árbol, lo decoraban y le ofrecían pequeños presentes. Por eso todavía se tiene la costumbre de poner los regalos al pie del árbol profusamente adornado.

El tiempo transcurrió y luego, en su momento, impulsó la costumbre navideña del árbol en Alemania, aunque en ese entonces éste sólo se decoraba con velitas y no fue sino hasta 1605 cuando, en Estrasburgo, apareció el primer árbol que portaba adornos tan ricos como los que hoy acostumbramos. La

tradición del árbol decorado empezó a extenderse por el centro de Europa y pasó directamente de Bohemia a los Estados Unidos, donde quedó instituido por una secta morava desde los finales del siglo dieciocho.

Mientras tanto, la tradición se fortaleció en Alemania de donde, en el siglo XIX, pasó a Inglaterra lugar en que su introducción se comprueba desde 1821, en tanto que Alberto, conserje de la Reina Victoria, lo instaló ya en el castillo de Windsor en el año de 1840, para regocijo de toda la real familia. La nueva moda cortesana cundió con tal vigor, que Carlos Dickens, el gran novelista, llamó al árbol "the new German toy".

Por cierto que, en el caso de los Estados Unidos, el árbol llegó en 1741 a Pensilvania procedente de Bohemia con una secta morava que, como dije antes, arribó de esa zona y, llegó antes allí que, por ejemplo, a Escandinavia o a Francia, sitios a donde la costumbre cundió sólo hasta el siglo XIX. El primer gran árbol comunal lo puso la ciudad de Pasadena, California, y ya en esta época uno de los más famosos de esta índole fue el árbol gigantesco que Oslo le regalaba a Inglaterra para que lo instalara en Trafalgar Square, costumbre que se inició a partir del final de la Segunda Guerra Mundial y que perduró hasta años recientes.

Aunque existen muchas variantes del árbol de Navidad, una de las más delicadas y bellas surgió en Noruega, donde los niños suelen poner un arbolito para los pájaros. Se trata de una fuerte rama o vira con un haz de gramíneas atado a la parte superior para alimentar a las aves. Esta es una linda costumbre aunque, por cierto, los niños noruegos también ponen en su casa un árbol tradicional, aun cuando no lo asocian con Santa Claus, sino con un simpático duende llamado, aunque no siempre, Julenisse, que las estampas ilustran vestido de rojo y de rasgos afilados como lo de un silfo. Tras dejar preparado el árbol para los pájaros, se invoca al duendecillo y la familia se sienta a cenar; al principio del festín, la señora de la casa deja caer una gran almendra en

la sopa caliente y procura que le toque a alguno de los niños. El afortunado recibirá entonces un regalo extra.

Logo después de que el príncipe Alberto introdujera a Inglaterra "el juguete alemán", el primer árbol de Navidad llegó a México coincidiendo con la llegada del primer grupo de prusianos que establecieron relaciones diplomáticas con nuestro país y que no quisieron olvidar totalmente sus tradiciones al asimilar las costumbres mexicanas. Un par de años después, los alemanes hicieron lo mismo volcando el suntuoso arbolito en sus ventanillas para compartirlo con sus vecinos mexicanos de tal suerte que, durante todo el Segundo Imperio, este ejemplo del folklore europeo cobró enorme auge en nuestro país y el alegre árbol tomó carta de naturalización. A pesar de ello, al terminar la aventura imperial de Maximiliano, todo lo que tuviera tinte europeo se relegó al olvido, comprensiblemente, y el hermoso símbolo tuvo que esperar a que nuestros vecinos del norte volvieran a popularizarlo a fines del siglo pasado mediante fuertes campañas de publicidad conducentes a fortalecer la tendencia consumista. Es evidente, empero, que es ésta la que debemos rechazar y no al árbol de Navidad en sí, ya que, como vemos, no se trata de una costumbre de origen norteamericano, sino que es un bello símbolo universal que debemos cultivar sin prejuicios.

Teresa E. Rohde

(Extracto tomado del libro *Tiempo Sagrado: las fiestas tradicionales del mundo occidental* publicado por la Editorial Planeta.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO
División de Ciencias Sociales y Humanidades,
Departamento de Humanidades.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
Dirección de Extensión Universitaria